

## Yo viví entre ellos: Los afrodescendientes de la costa chica de Guerrero, México

Mauricio Piñón Vargas

Universidad del Valle de Puebla  
Mauricio.vargas@uvp.edu.mx  
ORCID: 000-0002-2386-6910

# Ensayo Literario

Sí, yo viví entre ellos. Vi a la luz de mi nacimiento en un escondido pueblo enclavado en la montaña del estado de Guerrero, en México, a un paso de la costa del océano Pacífico.

Como todos los niños que crecieron en la primera mitad del siglo XX, crecí aislada del mundo ya que aparatos como el radio o la televisión eran muy raros, incluso la electricidad llegó muchas décadas después a mi pueblo.

La manera en que la vida transcurría era entre salir a jugar al río, comer uno que otro tamarindo o mango verde para complementar la precaria alimentación; poder leer cualquier pedazo de periódico, garceta o revista que se encontrara o contribuir con la economía familiar con la venta en el mercado de diversos productos como velas o carne a los comerciantes que bajaban de la montaña los fines de semana.

Tengo muchos recuerdos tan entrañables de mi niñez, que aún persisten en mi mente ya que dejaron un impacto profundo en mí; no solo por ser una niña, sino también por la mística y simbolismo que años después pude comprender.

En algunas festividades a lo largo del año era común observar a diablos bailando en las calles. Diablos bailando al ritmo del tambor y del estrepitoso sonido de la quijada de mulas, siendo el ritmo complementado con el ruido que producían los zapatos de los diablos al golpear el suelo, mientras un personaje masculino con un látigo, lastimaba a los diablos que se encontraban perfectamente alineados. Al mismo tiempo existía una mujer con una máscara que se encontraba dando

de vueltas alrededor de los diablos bailando frenéticamente tratando de contagiar de felicidad a los espectadores.

Para mí, los diablos fueron los protagonistas de múltiples pesadillas, ya que se contaban diversas historias en mi tierra donde la magia y los personajes fantásticos como la nahuala eran los actores principales. Algunas historias hacían que la imaginación aflorara, como la historia del nacimiento del universo por una tortuga, pero más allá de resultar una hermosa historia, años después pude realizar un descubrimiento aún más importante.

Durante la infancia tuve la oportunidad de ir a diversos pueblos aledaños para visitar a mis hermanos, que ya estaban casados y es aquí donde los conocí... eran diferentes a nosotros, tanto en aspecto físico como en su forma de vivir.

Estas personas tan particulares vivían en comunidades, por toda la costa, cerca de ríos, lagos y riachuelos, por lo que podían alimentarse de peces y de gran variedad de frutos; pero lo que destacaba más de ellos era su alegría, su forma tan particular de hablar, pero sobre todo de la sinceridad.

Después de unos años de conocer a estas personas, perdieron un poco ese toque de misterio que los envolvía, ya que poco a poco se convirtieron en amigos, vecinos, comadres, tías, la señora de la tienda de la esquina, la que vendía tamales, la del agua fresca, la del pescado o como cariñosamente le llamé después “la negra”.

En la escuela primaria, tomando mis clases de historia y geografía, me di cuenta de muchas cosas: de la forma en que se descubrió

América, la forma en la que se realizó la conquista, el mestizaje, entre muchos datos históricos importantes y fue justamente aquí donde comprendí, en la lección de la castas de México, que las personas que bajaban de la montaña a comerciar eran de los pueblos originarios, los “indios” y los “negros” eran los descendientes de los esclavos que vinieron a trabajar a estas tierras y que yo era parte del llamado mestizaje entre la cultura indígena y la española.

Comprendí que mucha de nuestra cultura estaba dividida por una delgada tela que apenas las separaba y que al contrario la amalgama. Entendí que la historia de la tortuga de mi infancia, no era solamente un relato, sino que expresaba la cosmogonía y las creencias del pueblo negro en México, heredado de África y que se mantiene muy vivo a lo largo de los años, impregnado fuertemente a la cultura mexicana de la costa de Guerrero.

En mis clases, en la única escuela del pueblo, no me enseñaron la forma en que se conformó la sociedad mexicana, sino que solamente le daban importancia al mestizaje, pero faltaron algunos capítulos; capítulos pertenecientes a las comunidades judías, libanesas, chinas y de cómo su trabajo enriqueció una parte de la cultura mexicana en los lugares donde se establecieron. Es un dato un poco desconocido para los mismos mexicanos que México no sólo está habitado por los pueblos originarios y mestizos, sino que también está formado por los afrodescendientes, hijos, nietos y biznietos de los 300 mil africanos traídos a México como esclavos, servidumbre y jornaleros a los estados de Veracruz, Oaxaca, Guerrero y Guanajuato.

Los africanos traídos por las expediciones españolas y muchos de ellos por comerciantes de esclavos, llegaron a tierras mexicanas entre los años 1570 y 1640 de acuerdo con Harp (2019) y fueron empleados para sustituir a la población nativa mexicana ya que su número había disminuido de manera muy importante a causa de los procesos propios de la conquista como enfermedades y explotación.

Mientras crecía, en estos pequeños

pueblos rurales, muy alejados de cualquier capital urbana, se observa un fenómeno muy particular. San Luis Acatlán Guerrero, donde nací, es la puerta de la montaña a donde las comunidades indígenas bajaban los fines de semana para comerciar con diversos productos, abastecerse de otros y regresar a sus comunidades. A 45 minutos, con las nuevas carreteras y más o menos 3 horas de camino por las brechas que existían hace más o menos 60 años, se encontraban los pueblos como Juchitán, Huehuetán, Azoyú y el centro urbano más grande de la región Ometepe, que cariñosamente mis hijos nombraron como “la boca del infierno” por el calor tan agobiante de esa región colindante con el mar.

Estos nombres pueden carecer de significado, pero cuando se menciona que son vecinos de comunidades como Cuajinicuilapa (la perla negra del pacífico, nombre bien merecido), resultan muy importantes ya que estos pueblos son donde los afrodescendientes se asentaron para vivir, después de haber obtenido su libertad y comenzaron una evolución de su cultura, trayendo del pasado al presente sus cantos, música y alimentos, difundiendo su cultura con historias y danzas. Cabe destacar que esta región es la más poblada con la comunidad afrodescendiente seguida de Oaxaca y Veracruz (Secretaría de Cultura, 2019).

Durante el siglo XVII, la comunidad negra, recién llegada a tierras mexicanas, se encontraron lejos de su tierra, de su cultura y enfrentándose a todo un ambiente agreste. Los abusos constantes, la falta de alimento, jornadas de trabajo sin descanso, castigos severos y la falta de reconocimiento de su identidad durante siglos, dio como resultado que se unieran a Guadalupe Victoria a los movimientos independentistas entre los años 1810-1821, 251 años después de su llegada a México. Siendo reconocidos por este caudillo de la independencia como “Mis Valientes jarochos”, siendo un gran reconocimiento dignificador a esta parte del pueblo mexicano que se encuentra registrado en la historia de México.

Algunos años después, debí de salir de mi pueblo, ya que no existía educación se-

cundaria y es aquí donde mis padres me enviaron a estudiar al “internado”, formación secundaria donde te enseñaban a ser maestra en el vecino estado de Morelos en donde trabajé un tiempo como maestra de primaria, descubriendo el significado de “jarocho”, que es la forma como se le designa al hijo de un indígena mexicano con un negro, adquiriendo por los genes predominantes una tez de color oscura pero con algunos rasgos indígenas como ojos rasgados y que actualmente es el denominativo de cualquier persona nacida en Jalapa, Veracruz.

Grandes afrodescendientes se encuentran en los registros de la historia de México, como es el caso de José María Morelos y Pavón, que gracias a su trabajo por la abolición de la esclavitud y luchó para dignificar no solamente a los pueblos naturales de México, sino también a los afrodescendientes. Su destacada labor se recuerda en la historia de México, reproduciendo su imagen en billetes de circulación nacional y curiosamente el estado donde estudiaba como maestra, tiene su nombre.

Estuve algún tiempo en el internado, sin embargo, no pude culminar la formación ya que mi padre decidió que en ese lugar vivían demasiados “indios” y que no quería que me casara con alguno de ellos, por lo que regresé a mi pueblo en Guerrero.

Años después, analizando la decisión de mi padre y de sus claros prejuicios sobre las diferentes etnias, no solamente con los nativos del país, sino con los negros de la zona, tienen su base con un querido pariente que vivía justamente en Morelos, que tenía rasgos físicos de un mulato. En el México de mis recuerdos, como los del México actual se observa justamente ese desprecio hacia diferentes rasgos físicos.

Esto tiene un estigma muy arraigado en la cultura mexicana como lo menciona Gutiérrez (2016); tener rasgos indígenas o un color de piel más oscura, propicia a que las personas sean rezagadas socialmente, tengan menos oportunidades laborales, no se les trate de forma justa y de acuerdo con este estudio se considera que tener rasgos europeos representa una clara ventaja ya que como los pueblos originarios de México des-

de la colonia, eran presentados como poblaciones alejadas, pobres y sin educación y no podían tener acceso a todo lo que la Constitución Política garantiza. Este fenómeno persiste hasta nuestros días.

Al día de hoy las mismas madres afrodescendientes alientan a sus hijos a casarse con personas con una tez más clara, para que sus hijos no sufran la marginación social y tengan acceso a más oportunidades.

Otro renombrado afrodescendiente, Vicente Guerrero, nacido en el estado de Oaxaca, participó en la lucha de la independencia, para abolir las claras diferencias sociales y que al mismo tiempo su nombre es recordado en el estado donde nació; Guerrero. El caudillo de la patria realiza un pacto con Agustín de Iturbide, formando el ejército trigarante que finalmente consumó la independencia de México. Creció en una comunidad predominantemente indígena y al observar las injusticias sociales, luchó por el reconocimiento de todos los mexicanos. Luchó por la dignificación de los afrodescendientes como parte de la sociedad mexicana, quitando etiquetas y estereotipos.

Con el paso del tiempo, me casé en Guerrero con un militar, nacido en la ciudad de México y por su trabajo tuve que cambiar varias veces de lugar de residencia, mudándome por el estado de Guerrero, a donde existían cuarteles militares, siguiendo la costa de Guerrero, por las zonas de Acapulco y Petatlán donde nacieron mis dos primeros hijos. Aquí existió un cambio total, era el inicio de 1970 y la fisionomía de las personas cambió totalmente, no existía la comadre o la señora de las aguas frescas.

Después nos mudamos a diversos lugares de la República Mexicana y cuál es mi sorpresa que llegamos a vivir a un lugar muy peculiar de Veracruz: Jalapa. Y aquí no existía ni el calor, ni el sol abrasador; era un lugar donde es constante la lluvia y la bruma, pero aquí, aquellos que formaban parte de mis recuerdos, nuevamente aparecieron como entre las nubes, los llamados jarochos de Vicente Guerrero, personas alegres, altas, con cabello rizado y sonrisas amplias.

Estuvimos un tiempo radicando en el puerto de Veracruz donde la presencia afro-

descendiente era muy importante, continuando por lugares del norte de la República Mexicana como San Quintín en Baja California o Hermosillo en el estado de Sonora, donde la presencia de otras comunidades indígenas era más importante.

Con el tiempo, regresamos a radicar al centro de la República, en un lugar que consideramos que era bueno para poder criar a nuestros hijos y que no tuvieran que abandonar la escuela, con buen clima, alejando de las grandes urbes, con buenas universidades ya que uno de mis anhelos era que todos mis hijos tuvieran una carrera universitaria, que yo no pude conseguir, formando parte de la sociedad poblana desde el año de 1984.

Para el año de 1991, ocurrió un evento que cambió el silencio de los pueblos afrodescendientes de México. Diversas organizaciones del estado de Oaxaca, convocaron a diversas asambleas en Tixtla, Guerrero, donde se llegaron a acuerdos para exigir el reconocimiento del Gobierno Federal a su cultura e identidad, una clara acción para dignificar su cultura.

Al siguiente año, el Gobierno Federal, organizaba la celebración para conmemorar los 500 años de la conquista de México, a lo cual, los diferentes pueblos indígenas se manifestaron en contra de la realización ya que consideraron que el acto iba en contra de los pueblos originarios, que en muchos sentidos se acabó con la cultura y civilización. Los pueblos afrodescendientes se organizaron para materializar los acuerdos realizados en Tixtla del año pasado, es decir, visibilizar y dignificar a la población negra de México.

En ese mismo año, se realizó una mega manifestación en Chilpancingo donde fueron apedreados por los habitantes y continuaron hasta llegar a la ciudad de México, en un trayecto de 17 días con una sola petición: reconocimiento del pueblo afrodescendiente de México, declaración de su existencia y su inclusión en la historia de México, como parte de la población mexicana. Una clara manifestación de dignificación de su cultura y tradiciones, (Oropeza, 2020).

Con estos acontecimientos se empezó a crear conciencia de que no solo México estaba formado por mestizos y de los pueblos

originarios, sino que el pueblo negro forma parte de la historia de México, con claras contribuciones, creándose en los años siguientes la organización “México Negro”, con el mismo objetivo, dignificar a esta parte de la población mexicana.

Diversos triunfos han sido alcanzados por la población afrodescendiente desde entonces, siendo uno de los más importantes, ser tomados en cuenta en el año 2015 por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), como parte del censo poblacional nacional, obteniendo datos jamás obtenidos según CONAPRED (2015), permitiendo conocer sus características y necesidades.

Se conoce actualmente que la población afrodescendiente representa el 1.2% de la población total del país, siendo conformada por 705 mil mujeres y 677 mil hombres. Este paso fue fundamental para el reconocimiento de su cultura, tradición y orgullo, ya que permite reconocerlos como mexicanos con todos los derechos. Con esta información se puede considerar a los afrodescendientes como el tercer grupo étnico más importante del país, solo después de los nahuas y mayas.

El éxito más grande para los pueblos afrodescendientes en México y que seguramente es el primer paso para el desarrollo de su cultura, tuvo lugar el 9 de agosto de 2019 donde se obtuvo el reconocimiento constitucional en el artículo segundo, donde se reconocen los aportes, la historia y el territorio donde se asientan los pueblos afrodescendientes, en la República Mexicana.

Estos avances realizados por el pueblo afrodescendiente, permite solicitar recursos para mejorar su calidad de vida, mediante el Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas (INPI), que por sus alcances tiene la capacidad de otorgar estímulos y presupuestos para dignificar el estilo de vida de los pueblos originarios de México. Ahora los afrodescendientes forman parte de estos pueblos dentro del gran abanico cultural que existe en México.

En mi caso, sigo viviendo en la ciudad de Puebla. No he podido ir a mi querida costa de Guerrero por cuestiones de pandemia y aunque ha muerto el más querido de mis hermanos, que vivía en un pueblo de afro-

descendientes, no he podido ir. En este lugar lo velaron a pesar de las restricciones, con todos los ritos mortuorios de la región, las cuales incluyen, rezos, comida, grupos musicales, recuerdos y paseo por el pueblo de Juchitán, Guerrero.

Y en espera de que el momento llegue, hago una reflexión sobre la danza de los “Diablos” la cuál es la herencia de pueblos africanos y difundida en toda la costa de Guerrero. Esta danza que tanto miedo me daba de pequeña por los diablos bailando, representa el yugo de los afrodescendientes en la costa. Los diablos vestidos con harapos representan a los negros esclavizados y su formación justamente recuerda a la forma en que los llevaban a los campos de cultivo.

La figura masculina con el látigo, no es ni más ni menos, que la representación de los capataces que los forzaban a trabajar en los campos y si se salían de sus labores eran fuertemente reprendidos con el látigo que aún porta en su mano, apareciendo la figura femenina que se burlaba de ellos.

Los pueblos afrodescendientes fueron muy audaces en poder esconder todo este simbolismo en bailes y sobre todo fueron muy inteligentes en esconder el clamor que realizaban a sus dioses con esta danza, que les permitía pedir mediante el ritmo del tambor su anhelada libertad, expresando sin palabras, su deseo de dignidad.

Después de varios años de bailar, al parecer sus plegarias fueron escuchadas primero con su libertad y actualmente este pueblo ha conseguido la tan ansiada dignificación. Solo el tiempo podrá decir hasta dónde serán capaces de llegar, hasta donde sus plegarias se puedan materializar y la forma en la que su cultura, folclor y tradiciones serán transmitidas y perpetuadas por varias generaciones.

Tal vez una de esas plegarias se ha materializado en estas líneas, ya que no es de mi propio puño y letra y que tal vez este documento es la materialización del clamor de la danza de los diablos, que una vez que han obtenido tantos logros, el siguiente paso es justamente que usted pueda conocer y reconocer esta historia, pudiendo darle el lugar que merece a este querido pueblo de México.

Por el momento yo mantengo los ojos muy abiertos, para poder estar atenta a cualquier movimiento, a cualquier guiño, a cualquier acción que ocurra, que cambie radicalmente la forma de vivir de los afrodescendientes de mi Costa Chica de Guerrero y espero que en muy poco pueda regresar a disfrutar de mis últimos años de vida allí, entre los ricos guisos, sonrisas amplias y entre las amigas, comadres y “las negras”.

Siendo una espectadora de todo este movimiento dignificador a través de los libros de historia, en diferentes lugares de la República Mexicana, al paso de las décadas, al haber podido presenciar y experimentar la cultura afrodescendiente en carne propia, puedo decir con orgullo que... yo viví entre ellos.

## Referencias

- CONAPRED. (2015). CONAPRED - Boletín: 2015—118. Personas afro en México, por primera vez reconocidas en las estadísticas de INEGI. CONAPRED celebra la visibilización y el reconocimiento de las personas afro en nuestro país. [http://www.conapred.org.mx/index.php?contenido=boletin&id=856&id\\_opcion=103&op=213](http://www.conapred.org.mx/index.php?contenido=boletin&id=856&id_opcion=103&op=213)
- Gutiérrez, N. (2016). En México, ser indígena representa discriminación, marginación y pobreza: Encuesta UNAM. Dirección General de Comunicación Social. [https://www.dgcs.unam.mx/boletin/bdboletin/2016\\_490.html](https://www.dgcs.unam.mx/boletin/bdboletin/2016_490.html)
- Harp, S. (2019). Decreto por el que se adiciona un apartado C al artículo 2o. De la Constitución Política de los Estados Mexicanos. Diario de los debates 16.
- Oropeza, D. (2020, julio 17). “Falta que el reconocimiento a los afromexicanos se concrete en beneficios”. Pie de Página. <https://piedepagina.mx/falta-que-el-reconocimiento-a-los-afromexicanos-se-concrete-en-beneficios/>
- Secretaría de Cultura. (2019). Los pueblos afromexicanos y el reconocimiento de su diversidad. gob.mx. <http://www.gob.mx/cultura/es/articulos/los-pueblos-afromexicanos-y-el-reconocimiento-de-su-diversidad?idiom=es>